



E. PHILLIPS OPPENHEIM

**PETER BRAGG
ENCUENTRA UN SOCIO**

Un joven distinguido y con espíritu aventurero, se siente de golpe atraído por el extraño misterio que emana de una simple placa puesta en una puerta, que ostenta un nombre: Peter Bragg.

Un impulso irresistible le mueve a entrar sin propósito determinado en aquella oficina, que es la de un detective privado. A partir del encuentro del joven con el detective se desarrolla el argumento de esta novela.

Peter Bragg y George Angus, unen fuerzas para dirigir una moderna «Agencia de Investigación» en Londres. Los casos que les llegan son complejos, románticos, peligrosos, divertidos e inteligentes. Juntos, los dos resuelven problemas sociales y criminales.

Colección de diez relatos reunidos en esta novela y que, originalmente, habían sido publicados de forma separada en las revistas de la época.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Peter Bragg encuentra un socio](#)

[Portadilla](#)

[Relato primero](#)

[EL INQUILINO DE BELLEVUE MANSIONS](#)

[Relato II](#)

[DRAMA EN UNA CASA DE MODAS](#)

[Relato III](#)

[LA SUTIL CATALINA](#)

[Relato IV](#)

[DIVORCIO ORIGINAL](#)

[Relato V](#)

[LA BRAVURA DE UN HOMBRE CHIQUITÍN](#)

[Relato VI](#)

[HOMICIDIO](#)

[Relato VII](#)

[LA DESAPARICIÓN DE WILLIAM KING](#)

[Relato VIII](#)

[LA DOTE DE ADA MALCOMS](#)

[Relato IX](#)

[EL FELIZ DÍA DE UN GRAN ACTOR](#)

[Relato X](#)

[MÉTODO DISTINTO](#)

[Sobre el autor](#)

Relato primero

EL INQUILINO DE BELLEVUE MANSIONS

El honorable Jorge Vincent Angus, al subir en el ascensor a sus habitaciones situadas en lo más alto del edificio, conocido con el nombre de Bellevue Flats, tropezó su mirada en una placa de cobre fija en una de las puertas de oscura caoba del primer piso. Hizo funcionar el botón de parada y saliendo del ascensor cruzó el alfombrado pasillo y examinó la limpísima placa, evidentemente nueva.

—Peter Bragg —murmuró en voz baja—. ¡Vaya un nombre!

Luego hizo funcionar el timbre y en seguida se presentó un sirviente muy pulido y de mediana edad.

—¿Está *mister* Peter Bragg? —preguntó el visitante—. ¿Tiene el señor concedida una entrevista?

—Ninguna —confesó Angus—; pero deseo vehementemente cambiar unas palabras con él. Poco importa mi nombre, y le advierto que sólo pienso robarle unos minutos.

—Preguntaré al secretario si *mister* Bragg puede recibirle —repuso el sirviente—. ¿Tiene la bondad de esperar en el recibidor?

Abrió la puerta de una habitación pequeña, pero bonita, situada a la derecha del vestíbulo; los muebles eran de roble y los paneles de las paredes de la misma madera. En medio había una mesita provista de revistas, algunas de las cuales estaban sin abrir. El mobiliario tenía esa nota de

frialdad de los objetos que se compran por pura ostentación.

—¿Para qué diablos necesitará este tipo un recibidor como éste? —reflexionó Angus, mirando a su alrededor, mientras permanecía de pie sobre la alfombra.

El sirviente reapareció antes de que pudiera continuar cavilando, y le dedicó una respetuosa reverencia.

—*Mister Bragg* recibirá al señor —anunció con el aire de quien trae buenas noticias.

Acompañó a Angus a una sala amplia, de aspecto impresionante y que comunicaba con el recibidor. Ante una bella mesa colocada casi en el centro de la estancia, había un hombre sentado, de espaldas a la luz; sobre la mesa podíase ver un teléfono, una brillante centralilla telefónica, una pila de papeles acumulados con orden metódico, varios archivadores de cartón similares a los de las oficinas estatales y escasas cosas más. Cuando entró su visitante, cambió de posición a la vez que le observaba a través de los lentes ribeteados de concha.

—¿Desea usted verme? —preguntó— Soy Bragg.

Angus se acomodó en un sillón de alto respaldo, a pesar de que no le habían invitado.

—Encantado de conocerle —murmuró.

Mister Peter Bragg tosió un poquito. Era bajo y con tendencia a la obesidad; su rostro completamente afeitado era de tez rosada y de aspecto singularmente juvenil, lo que contradecía, en cierto modo, los lentes que llevaba. Iba vestido correctamente; pero sus prendas ofrecían el mismo aspecto peculiar de los muebles.

—¿Tiene la bondad de decirme cómo se llama y cuál es el asunto que motiva su visita? —le preguntó.

—¿Asunto? Pues ninguno —confesó Angus con desparpajo—. Simple curiosidad. Me extrañaba un poco que en esta casa hubiera alguien que ostentara en la puerta una placa de latón. Ya debe saber usted que a los médicos,

dentistas y semejantes profesiones no se les permite ejercer aquí.

Mister Peter Bragg adoptó la actitud de quien se dispone a armarse de paciencia con una persona absurda.

—¿Debo entender que llamó a mi puerta con el solo propósito de averiguar la razón que me impulsó a utilizar tan elemental medio de informar a mis conocidos donde está mi despacho?

—Algo parecido —asintió Angus, con manifiesto buen humor—. Es una placa muy bonita, de un gusto excelente. Por cierto que su apellido no es muy corriente. Me parece recordarlo de algo.

—¿No le importará a usted que le diga que juzgo su visita bastante impertinente? —le preguntó el joven de la mesa.

Angus sonrió complacido y la sonrisa de un joven de tan buen aspecto y tan simpático como el Honorable Jorge Vincent Angus era difícil de resistir.

—¡No se enfade, hombre! —repuso—. ¿Quiere un cigarrillo?

Mister Bragg rechazó la tabaquera.

—Muchas gracias; no acostumbro a fumar durante el día.

Angus escogió un cigarrillo, dio unos golpecitos con él en el brazo del sillón y adoptó una posición más cómoda. Su interlocutor le miraba con impasible expresión.

—Mi visita tiene un carácter puramente amistoso —continuó el recién llegado—. En cierto modo somos vecinos; sólo que yo estoy en el ático. ¿No le importaría quitarse esos lentes un momento?

Mister Peter Bragg dudó; pero finalmente accedió. Su visitante se levantó entonces, sentóse en el borde de la mesa, e inclinándose un poco le dio unos golpecitos en el hombro.

—¡Pudgy Peter! ¡No cabe duda! —exclamó—. No me engañé al descubrir algo familiar en tu rostro. Creo que fui

yo quien te puso el apodo. ¿Es posible que no te acuerdes de mí?

–Te recuerdo perfectamente –replicó el otro, comedido–. Eres el Honorable Jorge Vincent Angus, hijo segundo de lord Moningham y fuiste expulsado de Harlowe durante el segundo curso de mis estudios.

Angus hizo un gestecillo.

–Hay que olvidar las locuras de la juventud –murmuró–. Creo que después fuiste a Harrow, ¿verdad? Entonces fue cuando te perdí de vista.

–Efectivamente, fui a Harrow –admitió Peter Bragg–, y creo que tú, gracias a la influencia de tu familia, lograste matricularte en Watter y luego en Eton.

–La influencia de mi familia no intervino para nada –protestó Angus, de buen humor–. Fue mi *cricket* el que se impuso. Además, lo único que hice fue encerrar un día en su clase al viejo Harlowe, porque no nos dejaba ir a ver un partido de fútbol.

–Lo que constituyó un serio acto de indisciplina, en el que recuerdo, afortunadamente, que no intervino yo –declaró Peter Bragg.

–Oh, cállate –le cortó el visitante–. No hablemos más del pasado. ¿Qué diablos haces aquí con esa placa en la puerta y con esa sala de espera, como la llama tu sirviente? Comprendo que de vez en cuando te venga a ver alguien; pero no que se esperen ahí...

Peter Bragg reclinóse en su asiento, juntando los dedos con un gesto que le era peculiar y luciendo unas uñas casi demasiado manicuradas.

–Siempre fuiste un curioso impertinente, Angus –observó–. Veo que no has cambiado.

–En lo más mínimo. Soy el de siempre, Pudgy. Si algo me interesa, me agrada averiguarlo. Vamos, sé un buen amigo y dime en qué te ocupas.

–Me he establecido como detective privado –repuso con cierto aire de dignidad.

—¿Como qué?

—Como detective privado. Mis actividades centrales se desenvuelven en el Strand; es allí donde se llevan a cabo las gestiones de rutina. Ésta es una sucursal y suelo entrevistarme aquí con mis clientes.

Angus se quedó mirando a su antiguo discípulo con expresión incrédula. Luego, comenzó a sonreír, terminando con una carcajada. Siguió riendo a sus anchas; pero sin que se le contagiara a su acompañante, quien frunció el ceño ligeramente. Angus abandonó la mesa, acomodóse en el sillón, se cruzó de piernas y se reclinó con la actitud de quien está de buen humor.

—¡Ahora recuerdo! —reflexionó— Siempre estabas leyendo historias de detectives. Harlowe podía haber formado una verdadera biblioteca con las que te quitó en distintas ocasiones. Dime, Pudgy, ¿no te sentabas al fondo de la clase?

—Creo que sí.

—Recuerdo que el viejo decía que te faltaba inteligencia.

—No tenía éxito en los estudios; es cierto —admitió Peter Bragg—. Pero son muchos los hombres que triunfaron en la vida comenzando de la misma manera.

Angus hizo un gesto de asentimiento. Aun se observaba en él contenida hilaridad y pestañeaba de un modo significativo. Le obsesionaba la idea de ver a Pudgy convertido en un detective.

—Espero, por tu propio bien, que no dependerá exclusivamente tu sustento de la profesión que ejerces —le dijo.

—Mis gastos están asegurados —repuso—. Mi tío...

—¡Pero si es verdad! ¡La Compañía de Cuchillos Bragg! El viejo te dejó cosa de medio millón, ¿no es cierto?

—Me legó una fortuna considerable —admitió un poco seco.

—Comprendo —murmuró Angus—. Y qué, ¿vienen clientes?

Peter Bragg tosió un poquito.

—Ya me perdonarás —repuso— si me abstengo de darte detalles sobre las intimidades de mi profesión, que requiere cierto secreto...

—¡Pero qué gracioso eres, Pudgy! —exclamó su visitante encendiendo otro cigarrillo—. Siempre fuiste muy gracioso. Con todo ese dinero encuentro natural que te dediques a lo que quieras. ¿Pero no te aburre un poco tener que estar aquí sentado, en espera de los clientes?

—No tengo que esperar demasiado —replicó con calma—. Me hice cargo del negocio de Macpherson, con empleados y todo, y no falta trabajo en esta oficina. Se me consulta cuando es del caso y trato aquí discretamente los asuntos más importantes.

—¿Pretendes decir que ya cuentas con una organización completa? —preguntó Angus.

Peter Bragg no contestó en seguida. Se limitó a hacer funcionar el timbre que tenía al lado y casi en el acto apareció una joven por una puerta que comunicaba con un departamento interior. Iba vestida con sencillez y llevaba peinado hacia atrás el lustroso cabello castaño, mostrando la frente como si pretendiera así revelar la firmeza de su carácter. Su tez era de una palidez crema y llevaba gafas de cristales oscuros, cuya inutilidad resultaba evidente.

—¿Vino ya el informe Número Siete, *miss Ash*? —le preguntó su jefe.

—Hace diez minutos, señor.

—Haga el favor de traerlo.

El encargo quedó cumplido con una celeridad increíble, teniendo en cuenta que no había demostrado aparentemente ser una persona veloz. Peter Bragg abrió la carpeta que le entregó, se ajustó los lentes y luego de dirigir una mirada a su visitante, comenzó a leer.

—A las tres de la tarde de ayer —comenzó—, luego de comer en el Ritz, llegaste a Ranelagh, con la idea de jugar al polo con *Incogniti*; pero te encontraste con que ya tenía

contrincante y decidiste aplazar el partido hasta el sábado. Luego en el bar...

Angus se había incorporado parcialmente en su asiento y de su rostro desvaneci6se la expresi6n de indiferencia, contemplando, sorprendido, a su antiguo condiscípulo.

–¡Pero qué diablos...!

–Déjame acabar, te lo ruego –continuó Peter Bragg, con un movimiento autoritario de la mano–. Más tarde, encontraste en el bar al capitán Milner, con el que sostuviste una conversaci6n algo larga, especialmente sobre ciertos potros de jugar al polo que est6n en venta en el Condado de Gloucester. Luego te encontraste con tu padre, lord Moningham, estuviste tomando el t6 con 6l posteriormente, y accediendo al apremiante ruego de *lady Sybil Fakenham* jugaste un doble de tenis. Tenías los pantalones en el vestuario; pero tuviste que pedir prestados los zapatos. A cosa de las seis volviste a la ciudad, cenaste en casa de tu padre y volviste a tus habitaciones, donde permaneciste un rato, recibiendo una visita. Cenaste luego, tomaste el resop6n en la Embajada con algunos amigos, hiciste una visita al Club y volviste aqu6 a cosa de las dos. Supongo que la versi6n es correcta.

Peter Bragg apart6 la carpeta y se reclin6 en su asiento. Angus se hab6a levantado y m6s bien daba muestras de desconcierto que de enfado.

–¿Quieres explicarme qu6 diablos pretendes espi6ndome? –pregunt6.

–Supongo que no existe ley alguna que me lo proh6ba –replic6le Bragg, comedido–, si ello me divierte. No obstante, voy a despejarte de toda inquietud. No tenemos nada contra ti, ni creo que lo podamos tener. Lo que ocurre es que no me gusta que mis empleados est6n sin hacer nada, y cuando no tienen trabajo, les hago que vigilen al primero que se me ocurre y que me proporcionen la infor-

mación. No saben si se trata o no de cosa seria y cumplen su misión, evitando los peligros del ocio.

Ahora la situación había cambiado. Era Peter Bragg el que daba muestras de buen humor, mientras ensombrecióse el rostro de su acompañante, dando muestras de cierta incomodidad, ya que no de verdadero enfado. No obstante, de pronto dióse cuenta de lo gracioso de la situación, y se echó a reír.

—¿Pero crees que te voy a tomar en serio, Pudgy? —exclamó—. Hombre, me gustaría asociarme contigo.

Peter Bragg se quitó los lentes y se puso a limpiarlos. Ahora tenía un aspecto más grotescamente juvenil.

—Pues me ocupo de todo esto muy seriamente, como algún día te darás cuenta —afirmó—. Te he probado que cuento con una organización. Acaso te agrade estar presente cuando me entreviste con una cliente. Vuelve a sentarte y enciende otro cigarrillo.

Hizo funcionar un timbre y el sirviente entró casi en el acto.

—¿Está *miss* Burton en la sala de espera?

—Sí, señor.

—Hágala entrar.

Angus se irguió inquieto.

—Si realmente es cliente, supongo que preferirá no verme aquí —dijo—. Me marchó.

Pero Peter Bragg le obligó a quedarse.

—Tengo una razón particular para que te quedes.

No hubo tiempo para nuevas excusas, ya que la puerta se había abierto y una joven penetró en la estancia. Los dos hombres quedaron de pie y la joven avanzó con timidez.

—Es usted *miss* Burton, ¿verdad? —dijo Peter Bragg—. Tanto gusto, señorita; tenga la bondad de sentarse. Permítame que le presente a mi amigo Jorge Angus. Después le explicaré la razón de su presencia.

Aceptó la joven la silla que le ofreciera Angus y le miró con tímida sonrisa.

—¿Se acuerda de mí, *mister* Angus? —le preguntó ella.

—Claro que sí —repuso con la expresión de quien de pronto recuerda a una persona—. Era usted institutriz de los hijos de mi hermana, ¿no es cierto? Una vez pasó un verano en Moiningham, ¿verdad?

Asintió ella.

—Su hermana fue siempre muy amable conmigo —dijo—. Desdichadamente, cuando los niños se hicieron mayores, mi francés no era perfecto para ellos. Hace dos años que estoy en casa de los señores Goldberg, en Gloucester Terrace.

Angus la miró afectuosamente. Tenía recuerdos vagos, pero agradables, de aquella joven de tímidos ojos de color azul oscuro a la que sus sobrinos adoraban.

Volvióse hacia su antiguo condiscípulo.

—Mejor será que me marche, Peter —sugirió—. Estoy seguro de que *miss* Burton preferirá hablar contigo a solas.

—Salvo que esta señorita opine lo contrario, te agradecería que te quedases —le dijo Peter Bragg—. Dos cabezas son mejor que una y presiento que te va a interesar este asunto. ¿Opina usted de otro modo, *miss* Burton?

Hizo ella un gesto negativo y volvió a su rostro la expresión de zozobra que apareciera en él cuando entró en la estancia. Sus ojos estaban tristes y tenía la frente fruncida. Evidentemente estaba nerviosa.

—No me importa que se quede, *mister* Bragg —asintió—, aunque no sé quién pueda ayudarme. ¡Oh! ¡Es terrible!

—Tenga la bondad de explicárnoslo todo —le invitó—; lo más brevemente posible, pero sin omitir detalle.

La joven cruzó las manos y sentóse sin mirar a ninguno de los dos y con la mirada fija en la pared.

—Soy muy pobre —comenzó—; mis parientes son muy lejanos y también pobres. En casa de *lady* Cranston me sentía feliz; pero desde entonces he sido muy desgracia-

da. Hace pocos meses tuve un poco de suerte. El único hombre que visitaba a la señora Soldberg comenzó a fijarse en mí y con gran sorpresa me rogó un día que me casara con él. Debíamos casarnos el próximo jueves.

Se detuvo y pareció que iba a estallar en sollozos.

–Bueno, díganos pronto de qué disgusto se trata –le rogó Peter Bragg con cierta rudeza.

–Hace unos ocho meses me encontré a un individuo en el Parque por el que solía pasear yo un rato por la tarde. Parecía una persona correcta y mostró deseos de hablarme. Mi vida en casa de la señora Goldberg era muy triste y nunca nadie me dirigía ninguna palabra afectuosa. Por eso le dejé hablar y nos hicimos muy amigos. Creo que ya estaba casado, aunque separado de su esposa. Desde que nos conocimos, no dejamos de tratarnos. Cenábamos juntos a menudo y constantemente me proponía que me fuese a vivir con él. Claro que no accedí; pero mi vida era tan triste que no podía romper el trato con él. Le solía escribir muchas cartas. Un día, cuando estaba leyendo el periódico matinal, tuve un terrible sobresalto. Leí que había perecido atropellado por un automóvil de alquiler, en St. James Street.

Angus murmuró una frase de condolencia y Peter Bragg quedó silencioso.

–Al día siguiente tenía que salir para Escocia con los de mi casa –continuó–, y cuando volvimos, al cabo de tres meses, *mister Poynton*, con el que debo casarme, comenzó a apremiarme. Creo que estaba enamorado de veras. Yo casi me había olvidado de *mister Sinclair*, el del accidente, cuando la semana pasada recibí esta carta.

Peter Bragg la desdobló y se puso a leer en voz alta.

–Lleva en el membrete la dirección: Calle de Dinsmoor, número 7; West Kensington. Ostenta la firma de Philip Drayton.

Estimada señorita:

Le escribo esta carta muy a mi pesar, ya que supongo que le va a ocasionar un disgusto, por tratarse de un asunto muy desagradable. Un antiguo sirviente mío, Jorge Roberts, está en un hospital de Londres. No tiene ni un penique ni familia que pueda ayudarle. Posee un paquete de cartas escritas por usted y dirigidas a su fallecido jefe, un tal mister Sinclair que murió en un accidente de automóvil. Me dijo que su primera intención era devolvérselas a usted; pero ha sufrido reveses de fortuna y aunque llegó a suponer que realmente se siente avergonzado, insiste en obtener por ellas mil libras esterlinas o, caso contrario, escribiría a mister Poynton, a quien, según tengo entendido, está usted prometida en casamiento, para vendérselas por tal precio. Roberto se da cuenta de la enormidad de su vergonzosa acción; pero insiste en que su primer deber es ayudar a su esposa y familia, a las que ha dejado sin un penique. Le he persuadido para que me confíe las cartas y creo que lo mejor que puede hacer usted es venir a verme para tratar del asunto.

Su afectísimo s. s.

PHILIP DRAYTON

Peter Bragg dobló la carta y se la devolvió.

—Se trata simple y claramente de un caso de chantaje —dijo—. Scotland Yard lo atenderá en seguida. Lo desagradable, como comprenderá usted, es que se vería envuelta en la publicidad de todo ello.

—Por eso he venido a verle —exclamó la joven con ansiedad—. No quiero que intervenga la policía.